la conversion de los pecadores, fué grande el fruto que sacó, muchas las confesiones generales que oyó de ellos, y en todos se notó el arrepentimiento por las culpas pasadas. Llevado de la curiosidad, acudia este herege á los ejercicios de las misiones, y viendo la mudanza que en las costumbres producian, fué á buscar á Vicente y le dijo: «Ahora es cuando veo que el Es-«píritu Santo gobierna la Iglesia Romana, pues hay quien ten-«ga cuidado de instruir á los pobres aldeanos, y de guiarlos por «el camino de la salvacion: estoy pronto á reconocerla por ma-«dre y reconciliarme con ella cuando bien le pareciere." Tuvo un gran gozo Vicente al oir estas palabras, y despues de haberlo confirmado en los misterios de nuestra santa religion, le señaló el siguiente domingo para que se reconciliase con la Iglesia y abjurase la heregía. Llegado este dia, se le preguntó si perseveraba en la resolucion de abrazar la fe católica, á lo que respondió que sí; pero que solo le quedaba una duda que allí se le habia ofrecido, «y es, dijo, enseñando una imágen de «la Vírgen (fea y mal hecha) que no me puedo persuadir á que «haya en aquella piedra virtud alguna." Replicó Vicente, que no enseñaba la Iglesia católica que hubiese virtud alguna en las imágenes materiales, mas que cuando Dios queria dársela, como sucedió con la vara de Moises, que obró tantas maravillas, y que el sentir de la Iglesia católica acerca de las imágenes, se lo podria enseñar un niño, con el fin de que claramente lo viese. Preguntó Vicente á uno que estaba presente lo que pretendia la Iglesia con la adoracion de las imágenes, á lo que respondió: «Que las imágenes no se honraban ni veneraban por «la materia de que se hacen, sino porque representan á Cris-«to Señor nuestro, á su Santísima Madre ó algunos de los san-«tos, los cuales habiendo triunfado del mundo, exhortaban por «medio de aquellas mudas figuras, á imitarlos en las obras «buenas." Confesó el herege que quedaba satisfecho; pero difirió Vicente la abjuracion, por parecerle que no estaba bien dispuesto entonces; mas despues hizo pública profesion de fe, en la que perseveró constantemente, edificando á toda aquella ciudad.

Presentóse un nuevo campo al siervo de Dios para ejercer su ardiente caridad con el nombramiento que el general Gondí le

dió de capellan mayor de las galeras, cargo que admitió con gusto por los muchos bienes que podia hacer á su prójimo. Las galeras pueden considerarse como el anfiteatro donde se representan tristes y horrorosos espectáculos, lugar poblado de todos los vicios, y congregacion de hombres que compiten en la maldad. A las galeras fué Vicente á desenvolver aquel ardor que tanto se habia admirado en las poblaciones. El año siguiente, con motivo de la guerra contra los hereges, pasaron á Burdeos á los galeotes que habia en Marsella, y con este viage fué Vicente á socorrer las necesidades de los que estaban en aquella ciudad; encontrólos cargados de cadenas, y mas de delitos. Con la fuerza de su espíritu comenzó á quebrantar el endurecimiento del corazon de aquellos miserables, y luego, acompañado de algunos religiosos de diversas órdenes, hizo en las galeras una mision tan fructuosa, que en poco tiempo se notó una singular mudanza; pues hizo que aborreciendo sus crímenes los galeotes, conociesen que era perdicion cuanto hasta entonces habian amado; y manifestándoles el gran peligro que corrian de sufrir un suplicio eterno, les hizo llevadero el castigo temporal. Al fuego de sus palabras añadia el vivo calor de sus obras: era admirable su afabilidad para con ellos; consolábalos á todos con ternura; oía con paciencia sus quejas, atendia á sus miserias, y en cuanto podia aliviaba sus desdichas. Abrazábalos como padre amoroso, rogaba á los oficiales que les diesen un trato humano, y persuadíalos á que pensasen que si la sangre era otra, todos eran del mismo barro, y que acaso en muchos de ellos disimulaba el cielo culpas dignas de mayor castigo. Con esta caridad tan grande ganó las voluntades de aquel gremio infeliz, de modo que luego no habia quien por mas rebelde que pareciese, no se sujetase á sus advertencias ni siguiese sus consejos. Algunos años despues, escribiendo el siervo de Dios á un sacerdote de su congregacion, para exhortarlo á que se portase con dulzura con los labradores de las aldeas donde predicaba, le decia estas palabras: «Hasta los galeotes, entre quienes he predicado, no se «ganan para Dios de otro modo mejor que por medio de la sua-«vidad; y cuando los he compadecido en medio de sus trabajos, «cuando he besado sus cadenas y manifestado dolor de sus des-«gracias, entonces me han oido con gusto, y se han puesto en

«estado de salvacion.» Tan cierto es que la ternura y mansedumbre saben persuadir mas que los mejores razonamientos.

Vivamente deseó Vicente acabar su vida en compañía de aquellos infelices hombres, queriendo sujetarse al estado de su miseria. ¡O admirable varon! tú solo puedes desear lo que apenas sufre el que mas hace! Pero no pudo conseguirlo, y tuvo que volver á Paris, en donde no olvidó el estado en que habia dejado á sus pobres galeotes, pues solicitó con empeño remedio para sus necesidades, no solo corporales, sino espirituales, y no cesó hasta dejar fundada la casa de Marsella, destinada á ellos, mandando á los PP. de su congregacion que de tiempo en tiempo hiciesen allí misiones, y tuviesen á su cargo la direccion espiritual de aquel hospital, como hasta el presente lo tienen.

Yendo un dia en Paris á visitar las cárceles donde estaban los condenados á galeras, encontrólos sepultados en oscuros calabozos, oprimidos de la necesidad del hambre y padeciendo increibles miserias. Tan lastimoso espectáculo le hirió profundamente el corazon, y no pudiendo sufrir que los hombres fuesen tan impíos con sus semejantes, cuando la Omnipotencia divina es tan piadosa hasta con los gusanos, alquiló una casa, y con licencia del general Gondí pasó á ella todos los forzados: allí los visitaba, los instruia y les administraba los sacramentos: les servia con sus propias manos, dándoles muchas limosnas que recogia de personas piadosas, y mostrándose tan amante de sus prisiones, que se quedaba encerrado muchas noches con ellos, asistiendo á los enfermos aun de males contagiosos. Esta caridad de Vicente parece que desafiaba á toda clase de peligros en el mismo foco de ellos, para sacar mayor gloria de su vencimiento, y era por otra parte tan poderoso el ejemplo de un amor tan desinteresado, que muchos, á imitacion suya, siguieron ejerciendo los mismos oficios, y el Señor se dignó echar su bendicion de prosperidad en tan piadosa obra, de suerte que quedó, como veremos despues, establecida para siempre con una renta perpetua.

Pasando una vez por la ciudad de Macone sin intencion de detenerse allí, encontró un gran número de personas entregadas á la mayor miseria, buscando su alimento de puerta en puerta, y padeciendo en el alma mayores males que los que esperimentaba su cuerpo. Determinó el siervo de Dios, en quien

parece que estaba depositado el remedio para todas las calamidades, aliviar la situacion de aquellos mendigos de mil maneras desdichados, y con este fin interrumpiendo su viage, permaneció tres semanas ejerciendo obras piadosas. Escitó la liberalidad de los fieles, y juntó abundantes limosnas; con igual solicitud procuró libertarlos de la servidumbre de sus culpas, pues solo tenian de cristianos el nombre. Entre ellos habia muchos que nunca se habian confesado, y de estos no pocos llegaban á la edad de sesenta años, lo que despues refirió el padre superior del Oratorio, que á la sazon se encontraba en aquella ciudad. Ignoraban totalmente los misterios de nuestra santa fe: no oían misa jamas, ni hacian otra cosa que aquello á que estaban acostumbrados, que era pedir limosna por las calles, por las casas y por los caminos, entregarse á toda clase de vicios y vivir en un profundo abismo de ignorancia.

Increible parecia que pudiese remediar un pasagero desórdenes que exigian un trabajo de muchos meses, y así no es estraño que sabiendo el empeño de Vicente, los habitantes de aquella ciudad se burlasen de las pretensiones de un transeunte, pues ignoraban que la caridad tomaba asiento en los lugares por donde él pasaba. Por eso en aquellas tres semanas hizo Vicente lo que otro con buen zelo, pero sin su ardiente caridad, no hubiera hecho en muchos años. Puso en movimiento toda aquella ciudad: consiguió que el obispo, canónigos y personas principales de allí socorriesen á aquellos pobres instituyendo una cofradía con el título de la Caridad, á cuyo cuidado quedó ya el amparo de los necesitados: ordenóse que á cada uno de los pobres se diese una limosna bastante para su sustento; pero prohibiéndoles el que anduviesen mendigando en las iglesias, calles y plazas, obligándolos tambien á que se confesasen una vez al mes. Se estableció tambien que á los pasageros pobres y á los peregrinos se les hospedase una noche, y al despedirlos por la mañana se les diese alguna limosna: se señalaron personas que se informasen de los pobres vergonzantes que habia en la ciudad, para asistirlos y proveerlos en sus enfermedades de medicinas y demas cosas necesarias. Es tan poderosa la verdadera caridad, que con razon se puede llamar la tesorera de la Omnipotencia, y pudo Vicente hacer tanto con ella en tan breve tiempo, que recogió y

sustentó á mas de trescientos pobres; cosa por cierto maravillosa, y que da claro testimonio de lo mucho que Dios favorecia las empresas piadosas de su fiel siervo.

Quedó admirada toda la ciudad de la grande obra que Vicente habia emprendido y terminado, y por ella todos le aclamaban por varon prodigioso: todos buscaban en él el consuelo en los trabajos y el consejo en las dificultades: todos querian detenerlo y que hiciese allí su asiento; pero la humildad de Vicente huia de todo, y por no poder sufrir tanta reverencia y elogio, partió sin despedirse de nadie, dejando á todos admirados del poco apego que con esto manifestaba á los honores del mundo.

CAPITULO IX.

Elige S. Francisco de Sáles á Vicente por primer padre espiritual y superior de las monjas de la Visitacion en Paris, y con cuánta dignidad desempeñó este oficio.

Dios por medio de su gran siervo S. Francisco de Sáles, hizo nacer en la Iglesia la órden de la Visitacion, que ha dado tan gran número de modelos de virtud. La venerable madre de Chantal, piedra fundamental de aquel edificio, y á quien el Santo habia enviado á Paris para que fundase el monasterio, dió tantas pruebas de santidad y tan maravillosos ejemplos de heroicas virtudes, que en breves dias la siguieron muchas almas, consagrándose al servicio del Divino Esposo, y caminando por la senda que les trazaba tan esperimentada maestra. Faltaba solamente á estas almas puras, para mantenerse en el cumplimiento de las obligaciones de su instituto y crecer en la perfeccion, un director que las guiase y alentase en el camino, y las enseñase á vencer las dificultades y despreciar los peligros que en él se encuentran.

Bien sabia su glorioso fundador S. Francisco de Sáles que era dificil cosa encontrar una persona en quien concurriesen la bondad, instruccion y prudencia necesarias para gobernar aquella casa, pues como decia, un buen confesor se debe escoger entre diez mil; así es que con activa diligencia trataba de que se

eligiese un sujeto que desempeñase este cargo debidamente, y confió el acierto de esta resolucion á un exámen maciso y dilatado. Habia en Paris muchos sacerdotes en quienes pensar para este nombramiento; pero Dios habia querido señalar á Vicente para que ganase aquellas almas para el servicio de su Magestad. Grande era el concepto que de él habia formado el santo prelado, pues hablando un dia con el Sr. Coqueret, uno de los mas sabios doctores de aquella Universidad, le dijo, «que no habia conoci-« do hombre ni mas sabio ni mas virtuoso que Vicente;" y donde está el testimonio de San Francisco de Sáles, parece que está de sobra cualquiera otro. Hízose al fin eleccion, que recayó en Vicente; la venerable madre de Chantal, fundadora, quedó muy contenta de ello, y luego continuó hasta su muerte confesándose con el siervo de Dios, siguiendo su consejo en todas las cosas tocantes á su espíritu y al progreso de su religion, encontrando siempre, como se ve en sus cartas, en la direccion de Vicente, luz para aclarar sus dudas y consuelo en sus aflicciones internas.

Con igual zelo y prudencia gobernó Vicente aquel primer monasterio que se fundó en Paris poco antes de la muerte de S. Francisco, como otros dos que se fundaron despues y otro que tambien se fundó en la inmediata ciudad de S. Dionisio, que, como han testificado aquellas venerables religiosas, floreció todo el tiempo que el siervo de Dios las asistió, manteniendo el espíritu del instituto y la observancia de las reglas con una suave fortaleza que obraba poderosamente en los corazones de ellas. Han referido entre otras cosas, que el mayor empeño de Vicente era conformarse en todo con lo que el santo fundador y la fundadora habian establecido, sin alterar cosa alguna por pequeña que pareciese, y aun cuando para ello hubiese bastante causa; de modo que en treinta años que estuvieron á su cargo aquellos monasterios, nada añadió, ni quitó, ni modificó de su primera planta. Propio es de la humildad no atreverse á establecer nuevas reglas, y obedecer puntualmente las ya fundadas; y en las religiones las novedades suelen perjudicar, porque al introducirlas acontece que no agradando á todos, se hacen causa de discordias; así es que lo mas seguro en esto es observar bien lo que